

CARTA PASTORAL ABRIL 2014

"...el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio" (Mr 1:15)

Año 1, Núm. 2, abril de 2014

Hermanos metodistas todos y todas, ¡Dios sea con ustedes!:

Como pastor de la Iglesia, les invito a recordar la invitación que les he hecho en la última Asamblea General, de recibir miembros a Prueba con la Iglesia en el día de resurrección. Uno de nuestros ejes de trabajo como Iglesia Metodista es el discipulado y no podría haber contradicción entre tomar en serio este énfasis y la invitación que le hacemos a otros para que sigan a Cristo. Jesús, al comenzar su ministerio comenzó predicando que el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado, pero de inmediato se acerca a personas concretas y les dice "*Venid en pos de mí*" (cf. Mr 1:15-17). El discipulado comienza con una invitación, con la palabra que pronunciamos a otros para que vengan y sigan a Cristo. Les insto a seguir el evangelio, cuya fuente es la inspiración para hacer este llamado a recibir miembros, para que después de ello se inicien como discípulos. No es una tema nuevo que el Obispo presenta, es una forma de llevar a la practica en primer lugar el evangelio y después lo que nosotros hemos aprobado.

En la proximidad de un nuevo tiempo de pascua, como Iglesia somos llamados a experimentar nuestra vida de fe, como parte de una comunidad y en la dimensión personal, desde alegrías y sufrimientos, desde abundancia y escases, desde salud plena o desde enfermedades, desde luces y sombras. Experimentamos a Dios desde la diversidad e intensidad de la vida, de esta vida y esta existencia terrenal. Desde las diferentes situaciones vitales, seguimos, servimos, alabamos y esperamos, a aquel que murió gritando en una cruz por ser fiel a Dios. Es un tiempo para vivir recíprocamente la comunión, con otros y con Dios. En nuestra propia vida recibimos la proximidad de Cristo, admitiendo que necesitamos de El en nuestros padecimientos, para resistir; o en la plenitud de vida, para otorgar sentido a la existencia. Kierkegaard dijo una vez "necesitar a Dios es la mayor perfección humana". Pero, aunque nos parezca atrevido, Dios también necesita de nosotros, en la pasión de Cristo el Padre nos quiere sentir cercanos, debemos con reverencia buscarle; Henrich Böll dijo una vez, en Viernes Santo: "es el momento de consolar a Dios".

Que este tiempo sea de comunión, de encuentro reciproco con otros, también con ese *otro* que es Dios, así nos encontramos frente a la cruz, así colocamos en el centro de nuestra vida, en el centro de la Iglesia y de este mundo, a aquel ante el cual se debe

doblar toda rodilla y el único que merece ser reconocido como el Señor, el mesías que murió en la cruz (Filp 2:9-11).

El jueves santo somos invitados a unirnos en la mesa del Señor, no como un mero rito, sino como una manera de expresar que estamos junto a Jesús en la víspera de su pasión. Vivimos la comunión con Cristo también en su humillación y no en su exaltación como nos induciría una fe pura gloria. Hacemos de este día un día significativo, una noche significativa, en tanto estamos dispuestos y nos comprometemos a estar cerca de los condenados de esta tierra, de todos quienes viven la traición y la burla de los poderes de este mundo. El viernes santo, somos llamados a conmemorar la pasión del Señor, nunca para sublimar el sufrimiento o legitimarlo, sino para asumirlo cuando nos sobrevenga por causa de nuestra fidelidad a Dios. Hacemos de este día un día significativo cuando nos acercamos a los que sufren, a los que son crucificados hoy y gritan a Dios por qué están abandonados. El sábado santo, es un día oportuno para el silencio, para buscar una comunión íntima con Dios, en donde somos solidarios con El por la muerte de su Hijo, con la máxima discreción podemos consolar a Dios. Hacemos este día significativo, cuando somos capaces de solidarizar con todos cuantos han vivido pérdidas y viven el luto, ante quienes lo más grande que podemos hacer es acercarnos y mostrarles que no están solos. El domingo de resurrección, no celebramos que un cadáver haya sido revivido, lo que festejamos es la resurrección del Señor como un acto de la justicia de Dios, de la solidaridad del Padre con su Hijo que injustamente fue muerto y en cuyo acontecimiento Dios afirma que su vida y su proyecto no se acaba, prosigue. Hacemos de este día algo significativo cuando afirmamos nuestra fe en Cristo Jesús y donde somos capaces de confesar que nuestra vida se compromete a seguir la suya y adherir a su causa que fue inaugurada, el reino de Dios.

Es fundamental que en cada una de nuestras Iglesias se celebre esta época. Es inconcebible si alguno de nuestros Templos no se abre para conmemorar este acontecimiento salvífico en forma íntegra. No podemos tener existencia cristiana sin saber a quién festejamos. Sabiendo a quien festejamos en la resurrección, reconocemos la vida de Jesús como la única que le puede dar sustento y contenido a nuestra fe. Por ende, ello le concede razón a nuestra condición de Iglesia y miembros de ella. No conformamos la iglesia por razones culturales o sociales, somos parte de la Iglesia porque por la gracia de Dios hemos sido llamados para experimentar, conocer y seguir a Cristo. Esa vida, la de Cristo, es la base de nuestra identidad, por eso somos cristianos, por nada más; ni siquiera por las nobles intenciones de pertenecer a una organización religiosa. El corazón de la Iglesia está en Cristo, en el centro de todo está su vida y obra, más allá de una cuestión dogmática, como una vida de confianza y obediencia a Dios. Este mesías, que murió en la cruz como pobre e indigente, nos invita a tomar nuestra cruz, así ser sus discípulos, pero

también vivir la experiencia de la resurrección que, sin merecerlo, es la manifestación de la justicia de Dios en favor nuestro.

Escribo todo esto para decir que no es suficiente observar como las iglesias coordinan sus planes y programas para el 2014, después de talleres de Juntas de Oficiales. En la vida de nuestra Iglesia es importante recordar el centro, lo que trasciende, lo eterno, lo que otorga sustentación a todo. Esa base está dada en la vida y obra de Cristo, ello debe marcar todo cuanto somos y hacemos. Ni la organización, ni el programa, ni la historia, ni nosotros, le otorga validez a la Iglesia en cuanto tal.....la Iglesia es porque alaba, sirve, sigue y espera en Cristo; o somos iglesia por eso, o no lo somos. Recordando a Lutero, que "el Espíritu Santo nos inculque a Cristo", el es la perla preciosa que la Iglesia posee como su única riqueza.

Vivamos la fe, considerando que una razón más allá de nosotros y de nuestras circunstancias, es la que está en la base de nuestra existencia como iglesia. !Toda honra y todo honor sean para El!

pbro. Pedro Correa M.
Obispo